

ejecutor, un agente, materia sierva del objeto histórico, instrumento a través del cual se realiza una sublime abstracción cualquiera. Nuestra época ha pretendido despojar a la persona humana de sus más entrañables atributos. Entre ellos, el de la historicidad. Es tiempo ya de reintegrar al hombre en el área de lo histórico, y de pensar, como protesta ante una época transpersonalista y «objetiva», que precisamente en la personalidad es donde radican los supremos valores, y para decirlo todo, la suprema capacidad de decidir.

De esta manera, el mundo histórico dejará de asemejarse al mundo de la física. Proclamaremos que ningún género de fatalismo, ningún engranaje determinista rige la Historia. O dicho de otra manera, que la Historia es cabalmente el mundo de la voluntad, no el de la forzosidad.

Así, pues, en última instancia, el sujeto de la Historia será el individuo humano, con su compleja argamasa de intelecciones, deseos, imágenes y representaciones. Pero esta doctrina ha de afrontar durísimas críticas. Desde hace más de cien años la representación del proceso histórico por las doctrinas de Filosofía de la Historia se constituye a base de la radical anulación de la persona y el libre albedrío. Al reintegrar el mundo de la voluntad al campo histórico y al dotar de nuevo a la personalidad individual de su dimensión real de historicidad, empalmamos a un tiempo con la concepción del hombre derivada de la filosofía clásica y con la tradición teológica. Pero impugnamos, en cambio, los criterios en boga sobre la concreta problemática del ser histórico.

El mismo enunciado de un voluntarismo como doctrina de la Historia, es decir, de una doctrina en la cual el querer individual, la voluntad humana personal, cons-

